

# Los cuentos sevillanos de Andersen

El itinerario español del danés Hans Christian Andersen (1805-1875) debe ser uno de los más estudiados por los especialistas en literatura de viajes, aunque la mayoría de sus cuentos de hadas ya eran conocidos cuando recorrió España en 1862. ¿Reciclaría alguna leyenda sevillana en los últimos cuentos que publicó en 1872?

POR FERNANDO IWASAKI

COMO SIR ARTHUR Conan Doyle —que murió deprimido por la escasa fortuna de sus novelas históricas— o Edgar Allan Poe —que siempre se sintió más poeta que escritor de relatos—, el danés Hans Christian Andersen nunca asimiló que sus cuentos infantiles fueran más aclamados que sus poemas, novelas, piezas de teatro y libretos de ópera. Andersen habría dado su brazo derecho por ser recordado como el autor de la novela *Ser o no ser* (1857), pero se tuvo que resignar a la fama que le reportó «El patito feo», entre otras narraciones memorables.

Niño mendigo, huérfano de padre a los diez años, cantante de ópera frustrado, bailarín *interruptus* y universitario tardío, el excéntrico y rarísimo Hans Christian Andersen fue disfrutando de la protección de músicos, bailarines y directores de teatro, hasta que el propio rey de Dinamarca —Federico VI— se interesó por su futuro coreográfico y le concedió una beca para que estudiara danza clásica en el conservatorio de Helsingør, etapa de su vida que Andersen siempre consideró como la más desgraciada. Sin embargo, a partir de 1827 el joven Hans Christian entró en la universidad y luego de cosechar algún éxito como poeta y dramaturgo, comenzó a recibir nuevas becas reales gracias a las cuales viajó, escribió, publicó y alcanzó una enorme celebridad como autor de libros de viajes y cuentos infantiles.

En realidad, los libros de viajes de Hans Christian Andersen son tan prodigiosos como sus cuentos de hadas y por eso me atrevo a sugerir la compra por internet de algunos de sus mejores títulos en inglés, como la edición que el mismo narrador danés financió de su propia obra *Poet's Bazaar: Pictures of Travel in Germany, Italy, Greece and the Orient* (Hurd & Houghton, New York, 1871), disponible en [www.abebooks.com](http://www.abebooks.com) por menos de 50 euros. Precisamente, uno de esos libros de viajes lo dedicó a su periplo por España: *I Spanien* (1863) en danés, *In Spain and a Visit to Portugal* (1870) en inglés y *Viaje por Es-*

*paña* (1988) en nuestra lengua.

Para glosar las impresiones sevillanas de Andersen me basaré en la traducción española de Marisa Rey (1988), pero sin ánimo de entrar en polémicas quiero dejar constancia de las numerosas diferencias que he hallado con respecto a la traducción inglesa de Grace Thornton —*A Visit to Spain* (London, 1975)—, edición elegida por la Unesco para su *Collection of Representative Works*. Para muestra un botón. Donde Grace Thornton tradujo: «The cathedral in Seville, which is the largest church in Spain, the Moorish Alcázar and, last but not least, the matchless paintings of Murillo, make Seville one of the most interesting cities in Europe. It is rich in song and legend, in memories of the past and great names; the whole city has been set to music and painted in melody, for example in Rossini's *Barber of Seville*», Marisa Rey traduce así: «La catedral, la más imponente de todas las de España, el alcázar moro y, por último, las inigualables pinturas de Murillo, hacen de Sevilla una de las más interesantes ciudades de Europa. Aquí no falta más que el mar; si lo hubiese, Sevilla sería perfecta; la reina de las ciudades».

Hans Christian Andersen se alojó en el Hotel Inglaterra (detalle que pasó inadvertido en las notas de la edición española) y de ahí callejó por el casco histórico de Sevilla, disfrutando de la Catedral, la Giralda, el Alcázar, la Casa de Pilatos, la Torre del Oro y el Hospital de la Caridad, donde la leyenda de Don Juan, la azarosa vida de don Miguel de Mañara y los macabros lienzos de Valdés Leal hicieron crepitar su imaginación. Por otro lado, los cuadros de Murillo deslumbraron al escritor danés, quien estampó alborozado: «Nos abrieron la sala de Murillo; ¡qué tesoro!, ¡qué maravilla!

Por primera vez comprendí del todo la grandeza de este artista; ninguno le sobrepasa; cada uno de sus cuadros es un elixir de vida». Sin embargo, uno de los episodios que más ha llamado mi atención transcurrió en la Academia de Bellas Artes, adonde le acompañó el pintor sueco Egon Lundgren, el mismo artista que ya había ilustrado *Castile and Andalusia* (1853) de Lady Tenison:

«Atravesamos por la sala de dibujo, donde se conserva un torso de mujer, sobre el que reposa una mano, tan maestralmente esculpida, que lo utilizan los alumnos para el estudio; podría escribirse toda una tragedia relacionada con este torso; el autor de dicha estatua, el italiano Torregiani fue condiscípulo y coetáneo de Miguel

Angel; en un raptó de emoción llegó a golpearle con una piedra la nariz y se la quebró. Torregiani se mudó a España y aquí esculpió una Virgen en mármol, trabajo que le había sido encargado por un ricohombre de Sevilla; pero éste negose a pagarle. Furioso, el artista cogió un martillo e hizo la estatua añicos; no quedó más que la mano que reposa sobre el pecho. La obra pertenecía en justicia al artista, pero también es cierto que éste se había ensañado con una estatua de la Virgen, lo cual le ganó el juicio de la Inquisición, y fue tan brutalmente torturado, que murió en el tormento». ¿Dónde está ese fragmento escultórico de Torregiani? ¿Qué memoria conserva Sevilla de aquel artista florentino? El maestro Antonio Burgos barranta —y a mí me tinca que tiene más razón que un santoque Pietro Torregiani (1472-1528), no es otro que el rebautizado como «Torrijano» en la calle que prestigia la Peña flamenca Torres Macarena.

Al escritor danés le atrajo el baile flamenco («Mi buena es-

trella me impidió ver baile español en algún teatro; en cambio, lo vi en las carreteras, en los jardines y en los tablaos populares, donde las bailarinas salían espontáneamente»), la belleza de la mujer sevillana («Solamente en Málaga y en Granada he visto tantas guapas juntas como en Sevilla; sin todas ellas, sin tantos ojos de fuego, hubiese, quizá, todavía sentido más el frío de Sevilla») y las contraseñas operísticas de nuestra ciudad, pero lo que más hechizó al ciudadano escandinavo fue el esplendor solar y la animación vecinal de los patios: «Hay algo tentador y fascinante en ir de casa en casa, atisbar los interiores y descubrir la poesía de la vida de familia. Ahora, avanzado el mes de noviembre, ya no había aquí esa vida que por lo visto suele haber; Sevilla hay que verla en primavera, en la época de apogeo de las flores, o en la canícula del verano; entonces es cuando puede verse al habitante del sur hacer vida hogareña, y cada patio ofrece un cuadro de verdadero tipismo. Los moradores se pasan la vida en el patio, donde un gran toldo de lona tensado en lo alto, o la tupida fronda de una parra con sus anchas hojas forman un sombrío techo. La familia y el servicio se sientan allí debajo: trabajan, charlan o se estiran y desperezan con soñolienta satisfacción. Pasan al aire libre el largo y caluroso día, a las habitaciones no entran hasta la noche, para dormir». ¿Habrá sido tan prolífico Andersen si Copenhague hubiera sido como Sevilla?

Después de visitar España Andersen escribió «El sapo», «Los trapos», «La llave del portal», «La tía dolores de muela» y otros cuentos de atmósfera oscura y hasta cierto punto sombría, como la sensación que le invadió cuando conoció la leyenda de Don Juan y cuando contempló los lienzos de Valdés Leal en el Hospital de la Caridad. Como todos los autores de cuentos infantiles, el niño que todavía era Hans Christian Andersen, quizá descubrió en Sevilla otra forma de desasosiego.



Hans Christian Andersen: *A visit to Spain and North Africa, 1862* [traducción del danés de Grace Thornton], Peter Owen (London, 1975). *Viaje por España* [traducción del danés de Marisa Rey], Alianza Editorial (Madrid, 1988).